

 Colegio Oficial de Psicólogos de Andalucía Oriental	
22 MAYO 2018	
ENTRADA Nº 2005	SALIDA Nº

IRREVOCABLE

Seudónimo: Lord

Querida,

Hace tiempo que quería escribirte. Tal vez no encontré el momento adecuado o tal vez no lo busqué demasiado. El caso es que hoy me armé de valentía y aquí estoy...

Empezó a los dieciséis. Sé que no recuerdas la fecha exacta ni el hecho que lo desencadenó. Que a veces el pasado te sangra como arteria desbocada y que once años después, desearías regresar a ese día y tacharlo del calendario. Regresar al momento en el que te adentraste en la batalla contra ti misma y ceder ante la tentación de abrir dicha puerta. Detenerte y suplicarle no sé a qué o a quién, pero impedir destrozarte la vida tal y como te la destrozaste; tal y como se la destrozaste a tu familia.

Sé que la culpa te puede y que el sentimiento de vergüenza es de dimensiones inimaginables. Tanto, como el de tus miedos. Tiempo atrás, hubo inviernos que duraron tres veranos y primaveras que marchitaron antes de ver llegar el mes de marzo. Te dejaste llevar por el habla de un espejo y no encontraste salvavidas para tal naufragio. Te vi caer vencida por el peso de tus miedos y suplicar de rodillas por el fin de dicha guerra. No pudiste aferrarte a ninguna voz amiga, como tampoco hubo ningún corazón que devolviese el latir de tus sueños.

Si pudieras señalar un inicio, estoy convencida de que sería ése: al mirar tu reflejo y no hallarte. Tu vida era un montón de abismos y no conseguías controlar nada. Te encontrabas bajo las directrices de una depresión: sumisa y abatida, rota en trozos impares, lloviendo por todas las esquinas de tu ser. Necesitabas tener el control de algo. Sentir que algo en tus manos no se escapaba. Y como queriendo poseer un puñado de arena que se escapaba por las rendijas de tus manos, te volcaste en la alimentación. (Detente). En el peso. (Por favor). En tu cuerpo. (No sigas). En una imagen. (Te suplicaba). Pero te equivocaste. Creíste tener el control, cuando verdaderamente, vivías en un absoluto descontrol. Fuiste el iceberg que acabó por hundir el Titanic. No hubo tiempo para achicar tanta agua. Inconsciente. Sin más norte que la destrucción, batallaste contra el enemigo equivocado. Ahí fuera no había monstruos, pero dentro, en ti, habitaban todo tipo de Lucifer's.

Para aquel cuento no se había escrito ningún final feliz. 41kg. Perdiste quince kilos (y tu juventud). Ese fue el listón. Tu *logro* por aquel entonces. Contra todo pronóstico, tu grito de auxilio se redujo a cuatro palabras susurradas a mis oídos por la fragilidad de tus labios

ya no puedo más.

Compraste esa imagen que vendía la publicidad. Te engañaron. Te la vendieron a bajo coste, con consecuencias inabarcables. A ese sinvivir no se le podía llamar felicidad. Pero aún eras una niña. Cómo ibas a entender que las marcas comerciales tan solo miran por incrementar sus ingresos sin tener en cuenta el medio; sin importar a quién se llevan por delante. *El fin justifica los medios* –de un tal Maquiavelo-. Cómo podía explicarte que una campaña de marketing, la cual no se asemejaba a la realidad, estaba acabando contigo.

Declarándote la guerra frente a un espejo. Viendo cómo se te escapaba la vida por el retrete cada vez que vomitabas. Te escuché llorar tantas noches. Te vi abatida tantas veces. No supe ayudarte. No pude alcanzarte en esa caída hacia la nada. ¿Podrás perdonarme algún día, por favor?

Llegaron a ponerle nombre a tu pesadilla. TCA. Trastorno de la Conducta Alimentaria. Reduciendo la condena a unas siglas. Primero bulimia. Después anorexia. Nadie entendía cómo una chica deportista, estudiosa, amiga de sus amigos, había llegado hasta ese punto. Pero es que señalar siempre ha sido mucho más fácil que sentarse a escuchar. Y tú aprendiste a callar. A silenciar tu verdad. Dejaste en mano de las mentiras todo tu cometido. Con una única certeza clamando a voces: esta guerra no es de mi talla. No para una niña. No para nadie.

Encontraste cobijo en las autolesiones. Recuerdo tus ojos marrones, inertes, sin horizonte alguno, clavados en el sangrar de los cortes de tus brazos. Allí encontrabas la poca paz que permitías concederte. Aquella era tu trinchera. Y también tu desdicha. Perdiste la vida como hoja de otoño, en una caída lenta y agónica cuyo fin no parecía encontrarse. Sé que pensaste muchas veces en ponerle fin. En cada corte, apretabas un poco más. Todo, por ver si al fin llegaba la calma, aunque no fuese en vida.

Casi te pierdo. Y yo ahí, frente a ti, absorta; intentando no ahogarme en el grito de la impotencia; nadando a contracorriente en el río de tus lágrimas; abrazándote desde la sombra, sabiendo que un golpe de aire bastaba para romperte en pedazos; maldiciendo que mi amor no alcanzase para salvarte. Ahí. A tu lado. Contigo, pero sin ti. Sin poder hacer nada. Recordándote entre flashes de recuerdos. Anhelando la sonrisa de aquella niña tímida de cinco años que irradiaba vida. Viendo álbumes de fotos. Intentando encontrar la pieza del puzle que ya no encajaba. Intentando encontrarte a ti.

Pasaron demasiados años, a mi parecer, hasta que la venda que oprimía tu pecho dejó de asfixiar. Te costó horrores encontrar la salida de emergencia. Pero al final del túnel siempre emerge la luz y la tuya era color esperanza. Dicen que la vida está plagada de oportunidades y de aquellas cenizas te vi renacer y fortalecerte. Sin duda alguna, hoy, tu sonrisa vale por todos los océanos derramados. Déjame decirte que te envidio. ¡Ya quisiera tener yo esa garra y coraje!

Desde aquí, desde estas letras que golpean a base de verdades, quiero hacerte recordar algunas cosas. Nadie debería llegar a quererte más que tú misma. No te escondas de tu pasado. Es pasado, que no presente y para perder el tiempo, lamentablemente, hay demasiado tiempo. Vive por y para ti; por y en pos de tu felicidad. Para morir hay mucha vida por delante, así que no dejes escapar ni un gramo de la única vida que te pertenece. Eres perfecta. Perfectamente imperfecta y por eso eres única. No olvides que tú puedes y pide ayuda cada vez que lo necesites. Hay gente ahí fuera que te quiere y si en algún descuido tu amor deambula sin rumbo, acude a ellos.

Te quiero, no lo olvides.

¿Me leerás cada vez que lo necesites?

Me despido con un único deseo: ojalá un día podamos alzarnos vencedoras colocando un punto final a este paréntesis que se está demorando demasiado. Sé que podremos. Mientras tanto, sigamos batallando, ¿vale?

No te rindas.

Con toda mi firmeza y entereza,

Tu yo a los veintisiete.

P.D.: gracias por haberme devuelto la sonrisa. Por concederme esa tregua que me ha permitido vivir conociendo otros mundos que no fuesen infiernos. Por dibujar poesías en el latir de mi pecho. Por despertarme a tiempo.

Justo a tiempo.